

# La hora de la espada

Buenos Aires, 17 de Marzo de 1925.

Señor D. Joaquín García Monge.

Mi querido amigo:

Acabo de leer en su siempre interesante REPERTORIO, la carta abierta que me dirige don Enrique Molina, profesor de la Universidad chilena de Concepción.

Mucho me ha interesado la lectura de esa elocuente página, destinada a controvertir ideas, es decir, a honrar mis opiniones con una refutación. Por fin uno que prefiere la discusión a la diatriba personal, exactamente como yo lo practico, fomentando con el ejemplo la cultura de la mente y del carácter.

Nuestro amigo Glusberg suele decir con propiedad, que en América no sabemos ser adversarios. Cualquier discrepancia nos enemista personalmente. Yo añadiré que así lo envilecemos todo, rebajándolo al nivel de la miseria personal, que si es verdad merece compasión, y si es calumnia, desprecio.

Vale, pues, la pena contestar al Sr. Molina, aunque también haya incurrido en la debilidad de sospecharme adulación a Leguía e incitación al aplauso palaciego, como si fuera imposible hallar por ventura un solo demócrata capaz de creer en la probidad de los que no piensan como él. Pero, nadie ignora que desde César hasta Luis Felipe, y desde Séneca hasta Voltaire, la tolerancia fué siempre una virtud aristocrática...

Empezaré, pues, por comunicar al Sr. Molina, que el público asistente a mi discurso, no aplaudió, precisamente, la apología de la espada ni el juicio sobre la democracia legalista, lo cual mostraba su desacuerdo conmigo; y que el Sr. Leguía, además de tenerse por mandatario constitucional, es un gobernante democrático, a quien la clase pudiente cuyos privilegios ha atacado con dureza, reprocha como una felonía «la predilección por el populacho». Tirano, o lo que sea, mis palabras no convenían a su actitud sincera o falaz.

Si el Sr. Molina conociera mi tradición de orador —hablo rara vez en público— sabría que jamás perseguí el aplauso. Profeso el culto de la minoría perfecta, es decir el individualismo absoluto; no hago política ni pretendo conducir a nadie; carezco del fanatismo religioso que cree en la ley de Dios, y del fanatismo ideológico que cree en la existencia de la verdad. Sé que en el estado actual del conocimiento, es imposible descubrir ninguna ley natural o divina: vale decir ninguna adecuación irrefragablemente necesaria de los fenómenos, a un dominio ilimitado de frecuencias. Que, de consiguiente, la noción del porvenir se confunde con la del azar, pues todas nuestras comprobaciones son resultados estadísticos: y con ello, referencias al pasado. Considero que la voluntad es la fatalidad con otro nombre, o mejor dicho el modo de manifestarse la fatalidad en el ser humano; y que la conducta o dirección de la vida, no puede ser sino una imposición arbitraria, desde que ignoramos el origen y la finalidad de la vida misma, si tiene alguna.

La libertad, o sea la facultad de dirigirse cada

uno de acuerdo con su conciencia, resulta, así, una ilusión desvanecida. Ella era el fundamento de la ideología demócrata del siglo XIX; y por esto, tras ella, fracasa la democracia.

Así nos lo han ratificado prácticamente, la guerra, primero, y acto continuo la ciencia con el relativismo de conceptos y de fenómenos, constituyendo la demostración efectiva del realismo maquiavélico, anti-cristiano y anti-liberal a la vez.

Los que hemos abandonado, pues, la ideología democrática, tenemos razones muy poderosas, aun cuando apenas las he esbozado aquí; que en cuanto a la rebusca de aplausos, dicho cambio de posición sólo nos atrajo impopularidad y malquerencia. Nada más intolerante que la ilusión, y las religiones son la mejor prueba de ello.

Ese desengaño racional es ya un beneficio de la espada. Queda establecido, así, que la Patria, la sociedad, la vida misma, hasta la paz posible, son estados de fuerza. La vida, manifiesta en aquellas formas políticas y naturales, es, bajo su doble acción de resistencia a los agentes destructores, y de captación destructora a su vez, pues sólo subsiste destruyendo seres para incorporarse su vitalidad — es, repito, lucha y conquista.

Así se ha restablecido el principio de combate, y con él, en la ineluctable necesidad de la guerra, la noción heroica de vivir. Querrámoslo o no, el hombre es un animal de combate. Basta, para demostrárnoslo, la actitud de los actuales anti-militaristas, anti-capitalistas, anti-patriotas: lo primero que hacen es empuñar la espada para imponer su sistema. Desde Jesús hasta Lenin es exactamente la misma cosa. El primero declara con la tan citada frase evangélica (Mateo, X, 34): «No penséis que he venido para traer la paz al mundo, sino la espada».

Y el segundo sentencia en el nuevo evangelio de Moscú: «el pacifismo es un prejuicio burgués».

No soy yo quien primero le ha llamado culto del miedo al pacifismo, sino Trotzky en sus proclamas al ejército rojo. Al marxismo, que no a la reacción, pertenece, como fórmula redentora, la declaración de la guerra social sin misericordia y sin límites.

Y lo que se procura así, es el bien del mundo por medio de la espada.

La hora de la espada señala otra vez en la historia un desenlace que será bueno para el mundo, porque iniciará un nuevo estado de equilibrio, propicio, como toda normalidad de igual carácter, al desarrollo de la civilización.

Ella necesita, ante todo, un orden: vale decir un equilibrio jerárquico. Estado que no puede alcanzarse ni mantenerse hasta hoy, sino por medio de la fuerza.

¿Será posible organizarlo de otro modo? La actitud de los ideólogos avanzados, comporta una negativa.

Pero, no son ellos solos quienes proceden u opinan contra el pacifismo.

Ayer, no más, era Macdonald reforzando la flota británica del mar y del aire; hoy mismo, al despedirse de la política, el eminente Mr. Hughes, el asesor a quien debe Chile su reciente triunfo jurídico sobre el Perú: «sepamos huir, dice, de la belicosidad